

otro, y daré estas nuevas á los Padres que están temerosos.» No le permitió bajar el P. José, porque «¿qué daño, dijo, puede hacer que los Padres oren á Dios?» Poco despues, amansando la tempestad se sosegó el mar y se aseguraron del peligro.

En el mismo camino enfermó el P. Ignacio de Tolosa, y habiendo surgido en Cabofrio, la enfermedad dió en un recio dolor de vientre con cámaras de sangre, y le apretó de suerte, que ya los Padres consultaban si le darian allí sepultura ó volverian el cuerpo al colegio de S. Sebastian. El P. José llamó á un Hermano entendido en medicina, que atendía á la cura del enfermo y ya desesperaba de su salud, y le dijo que le aplicase algun remedio ó que lo pareciese á lo ménos, y que estuviese cierto que su enfermo no moriria de aquella enfermedad, pero que con todo eso no dejase las medicinas ni de esto hablase palabra á ninguno. Obedeció el Hermano, y dentro de una hora se alivió el enfermo, y despues por beneficio de Dios cobró salud.

Estaba en la Bahía afligido de una recia enfermedad el P. Pedro Andrés; entró á ver al enfermo una mañana el compañero del enfermero, y hallóle peor que solia y que daba priesa la enfermedad. Acudió al P. Provincial, y avisóle que fuese á confesar al enfermo, mas estaba entónces ocupado en un negocio de que no podia desembarcarse tan presto, y ántes que acabase el enfermero de llegar á él, le previno y dijo que en su lugar llamase al P. Ignacio de Tolosa y le dijese que dejase una confesion que entónces oia, mientras acudia á la de aquel Padre enfermo y ya vecino á la muerte. Hízolo así el P. Tolosa, y en acabando su confesion, el enfermo perdió el juicio y no volvió jamas á cobrarle.

VII

Otros muchos milagros obra.

Fueron tantos los milagros que obró este siervo de Dios por toda su vida y las profecías que dijo, que no las contaré todas para no cansar con la multitud de ellas. Diré con todo eso algunas maravillas, que me han parecido ser gloria de Dios y de su siervo juntarlas en este lugar con las que del tiempo que fué Provincial hemos dicho. En una aldea del Espíritu Santo, llamada S. Juan, habia un muchacho mudo que nunca pudo soltar la lengua para pronunciar una sola palabra, aunque, entero en el sentido del oido, percibia muy bien lo que otros hablaban.

Sucedió que en una grande fiesta vinieron de los lugares circunvecinos y de la misma villa del Espíritu Santo muchos á ver los regocijos que en el

lugar se hacian. Entre otros juegos hubo uno muy usado en semejantes fiestas. Atraviesan una soga, y de ella cuelgan en medio de la carrera un ganso por los pies, pendiente el cuello abajo. La porfia es, quien corriendo á caballo corta con las uñas al ganso la cabeza. En este regocijo se levantó un pleito entre dos competidores que cada uno pretendia que era el ganso suyo. Hallóse acaso entónces en el mismo lugar el P. José, y vinieron las partes, porque en otros pleitos de más importancia así lo solia hacer, en que él sentenciase el pleito y en pasar por su sentencia. El santo varon hizo llamar al muchacho mudo, y mandóle que dijese cuyo era el ganso. Estaban suspensos todos esperando el fin de aquella contienda, pues su definicion pendia de la razon de un niño y de la voz de un mudo. Mas al mandamiento de José se rompieron los lazos de la lengua y distintamente pronunció el mudo: «Mio es el ganso, y así á mí se me dé para que le lleve á mi madre.» Alegrólos á todos la gracia del muchacho y el fin tan inopinado de aquella competencia, y mucho más el beneficio singular que Dios hizo á aquel niño. De esta manera se sosegó, con sumo gozo de todos la contienda, y el muchacho volvió á su casa con lengua y con su ganso.

En otra aldea trabajaban unos brasiles para llevar al mar una canoa, mas eran pocos y con dificultad la movian; pasó por allí el siervo de Dios, y ellos, movidos de la opinion que de su santidad tenian, le pidieron que favoreciese con su bendicion á sus deseos. «No sólo mi bendicion, dijo José, pero ayuda os daré con mis manos mismas;» y, despues de haber pedido á Dios ayudase á aquellos pobres hombres, echando él mano á la obra, luego con grande facilidad echaron la canoa al agua.

En Mangene, aldea de la misma colonia, no podian muchos hombres de robustas fuerzas reducir un buey bravo á que tirase una piedra de un molino de azúcar. Habia venido desde su casa allí con el P. Vincencio Rodriguez el siervo de Dios José, á confesar á los que trabajaban en el molino; supo lo que pasaba y echó su bendicion al buey y dejóle tan manso y tan tratable, que un esclavillo guineo le puso luego el yugo.

Mientras se detenia en este lugar le visitó Baltasar Martín Florencia, enfermo de asma muchos años habia, y pidió remedio al santo varon. Mandóle que bebiese de una fuente que estaba vecina á la piedra misma del ingenio de azúcar, y que, ántes de beber, rezase en honra de las llagas de Cristo cinco veces el *Pater noster* con el *ÁVE MARÍA*. Así lo hizo y así sanó; y despues jamas sintió dificultad en la respiracion.

Vino al Espíritu Santo, siendo aún Superior de aquella casa el P. Juan Suarez, vecino de Piratininga. Dióle allí una disenteria con un flujo de sangre tan copioso, que ya desesperaban de su vida. Apretábanle tan frecuen-

temente las cámaras y obligábanle á salir tantas veces de la cama, que no le permitian un punto de sosiego. Añadíase á esto una extraña flaqueza de estómago que volvía cuanto le daban, y, faltando así á las venas el sustento, y desvelado siempre el enfermo, iba perdiendo apriesa la vida. Visitóle el siervo de Dios, y dijo: «Hijo, no salgais más de la cama (porque decía que aquella noche se había levantado muchas veces) que yo espero en Dios que habeis de estar presto bueno.» Púsole luego encima la mano y trájosela por todo el cuerpo, y de repente pararon las cámaras de sangre, cobró fuerzas el estómago y comenzó á comer con gusto, convaleciendo luego muy apriesa.

Francisco Domingo, vecino de la colonia jenariense, estaba tan impedido de los pies que ni un paso podia dar sin muletas que le sustentasen. Visitó así al P. José y él le mandó que las dejase. Respondió que sin ellas no podia entrar en su aposento, á donde iba á hacer su visita; dióle entónces un bordon que él por ventura en sus peregrinaciones llevaba. Afirmándose en él el enfermo comenzó á sentir más fortaleza en los pies, y en pocos dias los tuvo del todo sueltos; pero guardó el bordon como fiador de la salud.

En el colegio de la Bahía un dia el cocinero frió unos peces para la comida de los religiosos, y, fritos ya, quitaba la sarten del fuego; mas al retirarla, el aceite, que aún hervía, saltó fuera y le abrasó la mano. Pasaba entónces por la cocina el P. José cuando el dolor de la quemadura atormentaba más al Hermano, y tomándole con la mano izquierda la quemada y haciéndole la cruz con la derecha, dijo: «Basta, no duelas más,» y aplicándola al fuego templadamente quedó totalmente sana.

A otros enfermos sanó con sólo hacerles la señal de la cruz; tenia tan grande gracia de dar salud, que muchos le cortaron pedazos del vestido viviendo aún, y los estimaban como á sagradas reliquias y los aplicaban con feliz suceso por remedio de sus enfermedades y dolores, especialmente en el de cabeza. Hay de esta experiencia muchos testigos, así de los que la hicieron en sí como de otros que vieron el milagro.

Estaba un enfermo muy apretado de dolor de costado, pero visitándole el santo varon, pidióle licencia el afligido enfermo para aplicar al dolor la manga de su ropa, y no hubo menester más para quedar totalmente libre de la enfermedad. Tan maravilloso es Dios en sus santos y especialmente lo fué en este siervo suyo.

Las aves le obedecian como si tuvieran razon. Siendo superior de S. Vicente se criaban en casa unas tórtolas; éstas un dia que el P. José comia en el refectorio á hora extraordinaria, andaban recogiendo en los picos las migajas esparcidas por el suelo. Ojeólas el refitolero, mas el santo varon las

mandó que volviesen, y buscasen su comida, y ellas como si lo hubieran entendido, obedecieron luégo.

Cuando caminaba llamaba los pajarillos, extendiendo el brazo para que parasen en él, y de él les mandaba saltar á la mano, y allí cantar alabanzas á su Criador; despues de haber cantado un rato como cumplida ya su obligacion, despedía al pájaro con estas palabras: «Pues que has alabado bastante á Dios, vete en paz.»

Lo mismo le sucedió en la casa del Espiritu Santo con unas golondrinas.

Un hombre portugués, yendo á pescar, encontró en el camino al siervo de Dios, José, y pidiéndole con mucho respeto su bendicion se partió muy contento; echada la red recogió tan grande número de peces, que le admiró y atribuyó tan prodigioso lance á las oraciones del santo varon.

Era en el P. José cosa ordinaria señalar á los pescadores los puestos en que harian más copiosa pesca. En el colegio de la Bahía, teniendo harta necesidad el colegio de pescado, los pescadores que proveian la casa vinieron un dia bien de madrugada sin un pez, porque todos parecia que habian huido del mar, que ni uno en ningun puesto parecia. Llamó al superintendente de los pescadores el P. José, y desde la azotea de nuestra casa le señaló con la mano un lugar distante una legua que los naturales llaman la ensenada de Piraya, y allí le dijo que haría gran presa. Obedeció el pescador y con los suyos partió allá y volvieron á casa con gran número de crecidos peces.

Solia preguntar el siervo de Dios muchas veces qué género de peces deseaban coger, y como cada uno nombraba la calidad del pescado que queria, así á cada uno señalaba diferente puesto en que echasen sus redes. Y aunque pescador ninguno tuviese conocido aquel puesto, con todo eso cogian lo que querian y cuanto querian, tanto que muchas veces era necesario aflojar las redes porque no se rompiesen con la multitud de peces.

Solia algunas veces venir á una aldea arrabal de la Bahía que llaman el Espiritu Santo, y ya era costumbre de los pescadores consultar primero con el siervo del Señor el lugar donde seria más útil su pesca, y jamas dejó de responder el efecto á sus deseos, aunque pescasen en puestos estériles y tiempos desacomodados si el santo varon los habia señalado. Esta opinion ganó el P. José con ellos, ó la aumentó ya ganada con la ocasion que diré:

Estaba en esta aldea como solia, y reparó un dia en un grande silencio de todo el lugar y advirtió que los vecinos estaban ociosos y más quietos que acostumbraban y juntamente muy melancólicos. Preguntada la causa, respondieron que no tenian qué comer. El siervo de Dios, con su mucha caridad, les mandó entónces que le acompañasen al mar, que allí sin duda hallarian comida; mas respondieron ellos que era el tiempo desacomodado para

la pesca, porque el mar y el cielo la hacian contradiccion. Porfó con todo eso el compasivo Padre que fuesen todos, asegurándoles que ninguno volveria sin qué comer. Fueron todos; más metidos en el mar, cada instante se em-bravecia más, con lo cual dijeron al santo varon: «¿No ves ya, Padre, con tus mismos ojos que está intratable el mar?» Él con todo eso les preguntó: ¿Qué peces deseais? Respondieron: «jareos chicos.» Son estos unos peces que apénas su grandeza llega á un palmo, y en aquel tiempo en que pescaban no suelen parecer, pero descúbrense algunos meses despues. El santo varon entónces les señaló un puesto vecino á la misma orilla, distante mil pasos de donde estaban, y allí les dijo que hallarian de aquellos peces toda la cantidad que quisiesen. Fueron allá y con redes pequeñas y aún con las manos cogieron todos los peces que cada uno deseó, hasta satisfacerse. Y así muy contentos y admirados, agradecidos á Dios y haciendo mil gracias al P. José, volvieron á sus casas.

De esta manera, siendo tan favorecidos los brasiles de nuestro José ó de Dios por sus ruegos, con estos y otros semejantes beneficios le veneraban con sumo respeto y sentian y hablaban de él como de hombre á quien obedecia la naturaleza. Y cuando despues de muerto querian nombrarle, le significaban diciendo: «Aquel Padre que nos daba los peces que queríamos, aquel que cuando le pediamos un favor nos sacaba de cualquier peligro y de la muerte misma.

Tanta estima habian concebido de su persona, que cuando estaba entre ellos, á cualquier parte que hubiesen de ir, ó á caza ó á otras haciendas suyas, no comenzaban su jornada sin visitarle primero. «Padre,» decian, «yo voy á tal, y á tal lugar: di (que es modo de hablar suyo) que no me muera allá, que alcance lo que deseo, que no me muerda alguna culebra ponzoñosa y que vuelva sano á mi casa.» Y con la promesa del santo varon, como con prenda cierta de su buena ventura, partian alegres prometiéndose en todo felices sucesos.

Era muy ordinario hacerse el siervo de Dios invisible. Siendo Provincial, quiso el Obispo del Brasil D. Antonio de Barreros, visitar los lugares vecinos á la Bahía para administrarles el Sacramento de la Confirmacion. Iban en la misma jornada, fuera de la casa del Obispo, el P. Jorge Serrano, Rector de nuestro colegio de la Bahía y otros Padres, y el mismo P. Provincial José de Anchieta. Salieron todos á caballo desde una aldea que llaman S. Antonio á otra llamada S. Juan; sólo el P. Provincial, caminando á pié y descalzo, como solia, dijo que él los seguiria, aunque se adelantasen: seis leguas habian andado cuando llegando ya al lugar el P. Pedro de Acosta, de la Compañía de Jesus, Cura de aquella aldea, salió en procesion formada y con

cruz levantada á recibir al Obispo. El P. José, á quien ninguno vió en el camino ni seguirlos ni adelantarse, y á quien esperaban á la tarde, apareció en la misma procesion con extraña admiracion del Obispo; mas como eran tan ordinarias estas cosas en el siervo de Dios, ni los religiosos nuestros se admiraron ni se habló ó divulgó más este caso.

Sucedió otras veces desaparecerse de la conversacion en que estaba sin que nadie le echase ménos para conversar con Dios, á cuya plática y trato solia ser llamado allá dentro del alma, y despues volver á hacer número con los demás, de manera que aunque se notaba su ausencia y su vuelta, ninguno reparaba en él cuando faltaba.

Miguel Aceredo, capitan del Riojaneiro, dijo como testigo de vista que el P. José, acompañado de otros Padres y á ruego de un hombre principal, amigo de la Compañía, fué con muchos portugueses y brasiles á ver romper una acequia de agua que traian para mover una piedra de un ingenio de azúcar, y que estando un rato con todos, de repente desapareció retirándose á hablar con Dios; mas en comenzando á reparar en su falta apareció tambien repentinamente entre ellos, como si tuviera poder para hacerse visible é invisible á los ojos de los presentes.

Navegando en la nao del capitan Aceredo, muchas veces cuando le buscaban para cenar, desde la proa á la popa, en todos los rincones y con extraordinaria diligencia no le hallaban, y despues súbitamente le encontraban en los mismos lugares en que le habian buscado, y preguntado adónde se habia escondido, respondia que en la proa habia estado rezando sus horas. Es de creer que Dios le tuvo parte de aquel tiempo en otro lugar ó que le encubrió porque no le viesen en su oracion arrebatado y encendido con los afectos del divino amor, cuyos ímpetus no podia moderar, de manera que de otra suerte no saliesen á los ojos de todos.

VIII

Otras muchas profecías.

Las profecías de este siervo de Dios fueron tantas y tan claras, que parece no le tenia Dios encubierto cosa como á su fidelísimo amigo.

Un vecino del lugar del Espíritu Santo, llamado Manuel Guarano, habia salido del Brasil para Portugal, y trabajado con diferentes fortunas, andaba peregrinando y léjos de su casa, de manera que no habia ninguna nueva cierta de su persona. Estando su mujer affigida de esta incertidumbre, la persuadió su madre que fuese á confesarse con el P. José de Anchieta y que advir-